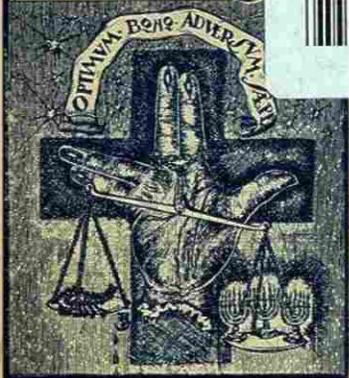


290



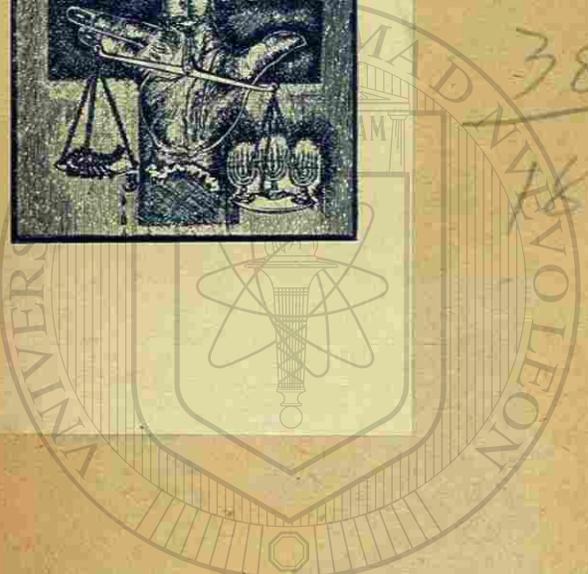
5V-2
08

EX-LIBRI



1020000228

389
4873



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



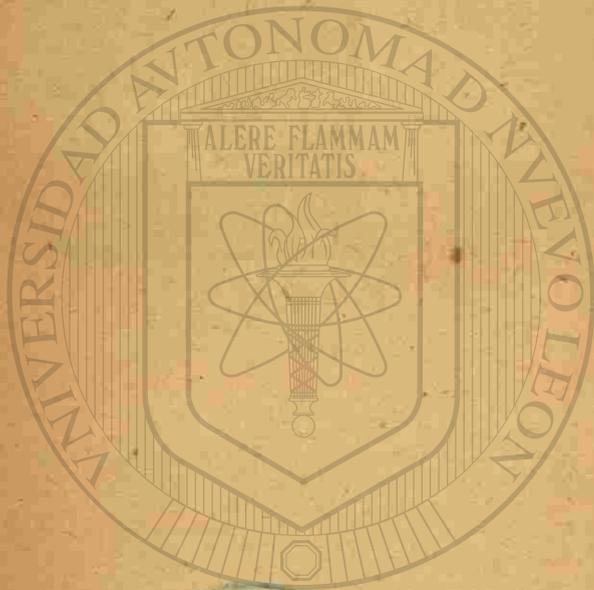
103198

LOS JESUITAS.

(Cuestion de actualidad)

por

J. de J. Cuevas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

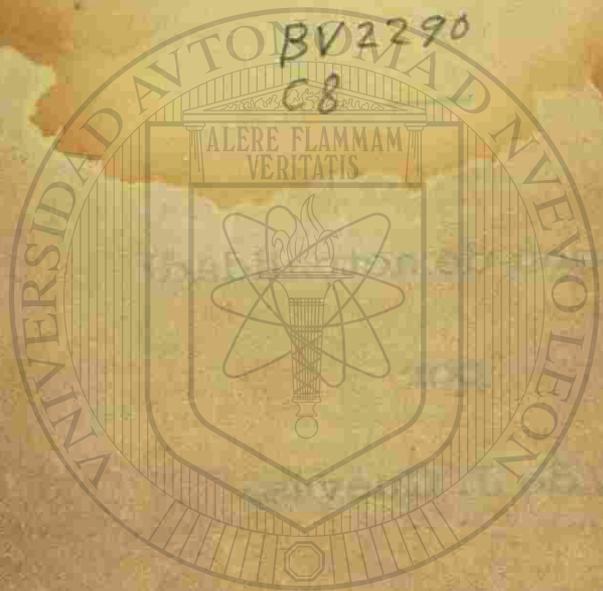
MÉXICO.

Tp. de la Voz de México.

1873.



FONDO
SERVANDO OAS RAMIREZ



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

LOS JESUITAS.

"Os lego el mundo."

S. Ignacio.

I.

La guerra es al catolicismo, y el pretexto son los jesuitas. Una grande tempestad se ha levantado contra ellos. ¿Se sobrepondrá á toda razon, á toda ley y justicia? Puesto que los jesuitas son el pretexto para ultrajar á los católicos que forman la inmensa mayoría del país, examinemos la cuestion de los jesuitas en México, bajo su aspecto histórico, social, político y legal.

¿Pero qué es lo que nos mueve á escribir? ¿Nos ha comprado el oro de los jesuitas? ¿Estamos fanatizados por ellos? Puesto que ser católicos es el gran crimen que se les imputa, comenzamos por declarar, que en cuanto nos es permitido serlo somos jesuitas tambien. Mas no es ahora su defensa, por cierto, la que nos mueve á escribir, sino la de la patria, y tambien, por extraño que parezca, la de la libertad. Queremos cooperar, en cuanto nos sea dable, á ahorrarle á México una nueva vergüenza, evitando que en su nombre se cometa una violencia indigna de un pueblo civilizado.

Deseamos manifestar al pueblo quiénes han sido y quiénes son los jesuitas. Es justo que el pueblo sepa la verdad. Nosotros no nos proponemos ser mas que los vulgarizadores de una gran cuestion que mucho le interesa. Sin los jesuitas, el órden social y la educacion de la juventud son casi imposibles en México. Los jesuitas serian en México los más eficaces obreros de la democracia y de la libertad. Por paradojal que esto último parezca, creemos, sin embargo, poder demostrarlo tambien.

Deseáramos ser escuchados con paciencia al ménos. Para entrar en la cuestion, nuestro derecho lo creemos indisputable. Cuando la calumnia ha lanzado ya su última impostura y el ódio escupido su final insulto, tiempo es de hablar en nombre de la verdad, de la razon y la justicia. La ley, sobre todo, nos da el derecho de escribir. Escribámos, pues, lo que creámos justo y verdadero, con un ánimo superior á toda injuria y á todo amor propio. ¡No siempre es dulce la verdad ni lisonjera la justicia! ¡No todos las escuchan con respeto!

No queremos lanzar un nuevo rayo en la tempestad; pero tampoco seríamos capaces de sacrificar la mas santa y noble de las causas, la de los buenos y débiles á las pasiones agresoras é injustas. Entremos, pues, en la cuestion.

II.

¿Sabeis quienes son los jesuitas, lo que quieren y lo que hacen? ¿Habeis estudiado su historia? ¿Conoceis su origen?.....

En 1521, con el objeto de recobrar para Juana de Albret, el trono de Navarra, un numeroso ejército francés pasó sus fronteras, tomó Pamplona y asaltó despues la ciudadela de esta capital, donde se defendia un jóven héroe con un puñado de valientes. La ciudadela fué tomada al fin, su guarnicion pasada á cuchillo en el acto, y su noble gefe era el único que

quedaba, gravemente herido, recostado contra un muro de la fortaleza, desangrado y casi exánime. Agonizando ya empuñaba la espada todavía, cuando los vencedores le dijeron: "Ríndete." "Jamás" contestó él. Le pidieron la espada y con la voz de un moribundo é incorporándose con un esfuerzo supremo, solo les dijo: "Arrancádmela si podeis." Este nuevo Leonidas, se llamaba Iñigo Oñez, señor solariego de Loyola.

A la Virgen que le salvó de tan peligroso trance, le hizo voto de ir á su santuario de Mauresa en peregrinacion, y despues á Jerusalem. Estuvo primero en Manresa entregado á la penitencia, al servicio de los pobres y á la contemplacion. Fué en peregrinacion á Jerusalem, volvió á España, recorrió la Italia, estuvo en Francia, en Flandes y en Inglaterra, estudió las ciencias, conoció á los pueblos y á los hombres y profundizó hasta sus últimos repliegues el corazon humano. Tenia la inteligencia de un génio, el corazon de un héroe y la virtud de un santo. Cuando volvió á Francia encontró en Santa Bárbara seis hombres dignos de él, que en el altar de la iglesia de Montmartre, y en presencia de un Crucifijo juraron ser castos, ser pobres, obedientes y consagrarse sin límites para gloria de Dios al bien de los hombres. Este fué San Ignacio de Loyola. Este fué el origen de la Compañía de Jesus.

Fueron sus primeros miembros, Pedro Lefevre, el pastor de la Saboya, que será más tarde el atleta del catolicismo en Mayenza; Salmeron que hablará todas las lenguas sábias como su lengua nativa; Bobadilla el insigne teólogo; Rodríguez Acevedo, el ilustre mártir; Lainez, inteligencia y corazon de ángel, que hará que el Concilio de Trento suspenda sus sesiones para oírle. Antes de resolver, y que al mismo tiempo barrerá las salas del hospital de esa ciudad, como el último sirviente de los sirvientes de los pobres; y Francisco Javier, en fin, que se lanzará al Asia para conquistar cincuenta y dos reinos al cristianismo y á la

civilización, y que bautizará un millen de infieles por su propia mano.

La Compañía de Jesus, nacida desde el juramento de Montmartre, al primer siglo de su existencia extendida ya por todo el mundo, habia producido mayor número de sábios insignes en todos los ramos del saber humano, que todas las demás órdenes religiosas reunidas: en Asia, Africa y América, habia penetrado con sus misiones más allá de donde han llegado con su hierro y sus teas los conquistadores, y con su oro los mercaderes. No hay comarca donde no haya dejado estampadas sus huellas, mar que no haya cruzado, ni region tan distante que no esté enrojecida con la sangre de sus mártires. Lo que la Compañía de Jesus queria y hacia entónces, es lo mismo que ahora quiere y practica. Para mayor gloria de Dios la salud de los hombres, es su solo fin. Los medios de que se vale para conseguirlo, son los mismos de que se sirve la Iglesia Católica, los mismos que enseñó y practicó Jesucristo: la predicacion, el ejemplo, el apostolado, la caridad y el martirio.

No tiene "estatutos secretos" ni "mónitas reservadas." Su libro supremo es el Evangelio y sus dos libros especiales, "Los Ejercicios Espirituales y las Constituciones de San Ignacio," que no hay lengua culta en que no estén traducidos. De los Ejercicios Espirituales, decia San Francisco de Sales, que además de un santo, era un sábio ilustre: "Han salvado mayor número de almas que número de letras contienen," y la experiencia ha confirmado que poseen el don singular de transformar á los hombres en ángeles. Richelieu, decia tambien de las Constituciones. "Es el monumento más admirable del génio humano que yo conozco."

Pero no atendais con respecto á los jesuitas al testimonio de los católicos, sino al de sus enemigos. Federico II de Prusia escribia á Voltaire: "He conservado esta órden, buena ó mala, tan hereje como soy y aun incrédulo, y estos son los motivos: en nuestro

país no se halla algun literato sino entre los jesuitas, y no tenemos otras personas para enseñar los cursos como ellos." Y Voltaire, tan repugnante y cínico como su real amigo, decia por su parte: "En los siete años que viví con ellos nada malo ví entre ellos."

Bacon, Leibnitz y Grocio, los tres hombres más eminentes del protestantismo, en su admiracion por la Compañía de Jesus, no padieron ménos de llenarla de alabanzas. Esta es la historia de la Compañía de Jesus. Podeis consultarla en Cantú en Robertson, en Balaguer, en el texto que querais. En presencia de tales testimonios bien podemos desechar el de Eugenio Sue, y tener por incompetentes para juzgar á los jesuitas ante la historia (sin necesidad de hacer para esto un gran esfuerzo de humildad) á las plumas de nuestra prensa y á los oradores de nuestra degenerada tribuna.

En presencia de la Sociedad de Jesus, puede decirse lo que Bossuet decia del pueblo romano: "es lo más grande que ha existido y lo más grande tal vez que existirá sobre la tierra. Inspirado estuvo el Pontífice Paulo III cuando exclamó al aprobarla: "Dignus Dei hic est."—Aquí está el dedo de Dios.

III.

Pero inútil es recurrir á extraña historia para conocer á los jesuitas. La propia nos basta para admirarlos. Lo que ha dicho uno de nuestros más distinguidos literatos, que la historia de México es realmente la de los trabajos y virtudes de las órdenes religiosas que vinieron á nuestro país, con especialidad debe referirse á la Compañía de Jesus. Podeis desde California á Yucatan, preguntar á los pueblos, á las aldeas y á las ciudades, quiénes fueron. Mucho les conocieron por sus incontables beneficios nuestros antecesores, y los recuerdan todavía con incomparable gratitud. Lo primero que debemos hacer para ata-

carlos es rasgar las más bellas páginas de nuestra historia. Atacarlos en presencia de ellas es más que una abominación, es casi un parricidio.

No hay en nuestros campos obra agrícola alguna bien meditada y de importancia, edificio grandioso en nuestras ciudades, plantel de educación para la juventud bien establecido, fundación verdaderamente benéfica al pueblo desvalido, que no lleve impreso el grandioso sello de la Compañía de Jesús. Ellos educaron á nuestros hombres más distinguidos en las letras, y de esa Orden salieron los hombres más eminentes de nuestra literatura. Clavijero y Cabo fueron jesuitas. D. Carlos de Sigüenza y Góngora, Alegre, Núñez de Miranda y otros muchos, casi todos los que se han distinguido entre nosotros en algún ramo del saber humano, pertenecieron á la Compañía de Jesús. Cuando en el año de 1767 fueron tan bárbaramente expulsados de la Nueva España, las gentes, dicen los historiadores, salían por las calles en todas las poblaciones donde había jesuitas, llorando y dando lastimosos alaridos como si fueran á quedar huérfanas.

Los jesuitas, sin embargo, han sido calumniados en México, como lo han sido en todas partes, por los malos. ¿Pero cuáles son los crímenes que se les imputan? Su mejor defensa son las acusaciones que se les dirigen. Se dice que fanatizan y dominan al pueblo. Si moralizar é ilustrar á los pueblos es fanatizarlos, debemos confesar entónces que el fanatismo es una gran virtud y que vale más que el progreso que embrutece y que la libertad que degrada. Es cierto que los jesuitas ejercen una grande influencia moral, pero si esta santa influencia es un crimen, no son ellos los culpables sino la naturaleza. ¿Pues sería posible que no ejercieran ninguna la virtud, la sabiduría y la abnegación reunidas? Sería, no solo un absurdo moral, sino un imposible metafísico, que la rapia, la ignorancia y la maldad, tuviesen mayor prestigio en el mundo que el genio y que el heroísmo.

Es un temor pueril é infundado que al soplo de

unos cuantos jesuitas desaparezcan la Constitución y las leyes llamadas de Reforma, ó esta Constitución y estas leyes son de tal manera malas, endebles, hasta tal punto, hasta tal extremo indignas de vivir, que ántes que los jesuitas las derriben, nosotros debemos abolir las por inútiles y absurdas. Esta disyuntiva no admite medio para los que padecen esa lamentable idolatría legal, y se entregan al culto abominable y superesticioso de esas leyes.

Mayor mal han causado á la libertad las leyes que se han dictado en su nombre y para su defensa, que todas las persecuciones de los tiranos. Con razon Schiller decia: "¡Libertad, libertad, solo vives en la region de las quimeras, solo eres amable y pura en el mundo impalpable del pensamiento, pues en toda la redondez de la tierra no se encuentra lugar ni para diez hombres felices!" La libertad de la tierra, Schiller tenia razon, muestra la faz de un ángel y tiene el corazon de un demonio. Si la verdadera libertad tuviese en el mundo una existencia personal, quizá los jesuitas serian los únicos dignos de cuidarla y de defenderla.

Por más, pues, que la calumnia levante su impudente voz, nuestra historia es apenas de ayer, y no puede falsearla. Los jesuitas en México han hecho más en favor del país, que todos nuestros congresos federales, y que todas nuestras legislaturas. Preguntadle á un pobre, preguntadle á un indio, á un sabio ó á un salvaje, á todo el verdadero pueblo, al que sufre y trabaja, al que desea el bien de la nacion y nada apetece para si, preguntadle si cambia un solo jesuita por toda una asamblea. ¿Sabeis cuál es la última palabra de nuestra historia? "Yo no conozco dice, más beneméritos que los frailes. Mis verdaderos héroes son los jesuitas." Inclínemos con respeto la cabeza ante su fallo, que ella, nuestra historia, es quien lo dice.

Aun están frescas sus páginas y aun están vivos los testigos. ¡Desmentidla si podeis! No los retamos ja-

mas á ese terreno. Lo que es, en el de nuestra historia, muy pequeños somos para luchar con los jesuitas en virtudes, talentos y heroismo. ¡Oh! sería un reto inaseanato! Valen más, mucho más que nosotros, esos frailes! ¡Oh, si el pueblo llega á compararnos con ellos, nos va á ver como gusanos! Junto á nosotros se ven como colosos, aun cuando se pongan de rodillas!

Mas no volver la vista á lo pasado, sino fijarla bien en el presente, nos basta para persuadirnos que los jesuitas son una de las pocas esperanzas de salud que á México le restan. Jesuitas y ferrocarriles son la única verdad seria y la sola solución aceptable de nuestra política; lo demás es tan solo el sofisma, primero, y la muerte despues. No quiere uno confesarlo por no atribularse, pero realmente, sin jesuitas, ni el orden social puede concebirse entre nosotros.

La sociedad reposa sobre ciertas bases indefectibles que no pueden eliminarse sin que todo orden social perezca. En todas nuestras discusiones tal parece que hemos hecho el pacto tácito de extraviarnos y no partir jamás para ellas del único punto de partida que hay racional y verdadero. El orden social aun está informe entre nosotros. La nacion solo la forman doscientos ó trescientos mil hombres, y el resto, hasta nueve millones, séres tan infortunados como dignos de amor, pero que no están, por desgracia, á la altura de ninguna de las ventajas sociales, ni en estado de llenar ninguna obligacion civil. Los indios no se ilustran, no gozan, no producen, y casi tampoco consumen. El pueblo pobre apenas encuentra trabajo, y cuando se ocupa, tan miserable es el jornal, que no le sirve más que para no morir de hambre. Los ricos no encuentran más empleo para su dinero que la usura que se alimenta de la miseria, y las clases moralmente productoras, no encuentran otra aplicacion á su actividad mental que la opcion al poder, sofisma

práctico y perpetuo, que no sirve mas que para ahondar el abismo, destinado á engullirnos al fin á todos.

No estaremos, pues, socialmente constituidos, mientras los indios no sean moralizados é ilustrados, mientras por la educacion, el pueblo pobre no eleve su jornal hasta lo necesario para los goces á que pueda legítimamente aspirar, y para el establecimiento de sus familias; y mientras no sean inculcados á nuestros ricos los deberes de la opulencia y desarraigado del corazon de nuestras clases ilustradas, el funesto sentimiento de que la patria es una presa, recompensa legítima de sus afanes. ¿Pero es esto asequible sin jesuitas? Más de medio siglo de propia experiencia debe persuadirnos que son impotentes para alcanzar tan altos fines todas nuestras facciones y partidos todos nuestros poderes, y todas nuestras leyes. No hay ejemplo de que comarca alguna haya sido civilizada por algun congreso, de que poder alguno haya ilustrado á los indios, de que merced á una ley el pobre haya alcanzado trabajo y paz. La ciencia política es tan profundamente lógica como la naturaleza misma, y se venga cruelmente de los que la ultrajan.

El principio religioso es el primero y fundamental cimiento de toda civilizacion. Nosotros tratamos de eliminarlo en todo y por completo, y esta es la causa radical de nuestros males.

Las naciones todas comprendiendo, que el principio moral es, independientemente de toda idea religiosa, el verdadero fundamento de la sociedad, procuran arraigarlo y respetarlo. Los pueblos mismos donde el clero ha sido despojado de sus bienes por la más torpe de las codicias y la más brutal de las violencias, han cuidado de dotarlo, al ménos, para que pueda seguir en sus trascendentales funciones, bien persuadidos de que un solo sacerdote representa mayor suma de fuerza moral que todo un ejército. El clero entre nosotros era el más eficaz elemento para nuestra constitucion social, el único obrero capaz de civilizar al salvaje, de ilustrar al indio, y de hacer

surgir, en una palabra, del caos la vida social; pero despojada la Iglesia, entre nosotros, por completo de sus bienes, reducido á la última y más espantosa miseria el clero católico, perseguido con una obstinacion verdaderamente diabólica por lo injusto y lo pertinaz, el clero amenaza extinguirse en la generacion presente, y es ya desde luego insuficiente para ocurrir á las más apremiantes necesidades, para impedir, al ménos, miéntras cambia nuestro destino, que los pueblos vuelvan en masa á la idolatría y á la barbárie.

Solo los jesuitas, esos sublimes aventureros de la caridad, para los que no hay distancia ni peligro; esa legion sagrada que vuela sin miedo á cualquier punto de la tierra donde hay dificultades que vencer y que no retrocede ni ante el martirio, son los que pueden venir en ayuda de nuestros sacerdotes católicos, sus hermanos por la fe, la esperanza y la caridad; sus hermanos por una misma abnegacion heroica, y constancia sobrehumana. Se trata de dividir á los jesuitas y al clero católico. Se pretende sembrar la zizana entre ellos y los prelados de México. ¡Qué proyecto tan satánico, pero tan insensato! ¡Quién será capaz de separar á los que están unidos en Jesucristo?

Es la verdad amarga y la disyuntiva es terrible, pero por más que nos repugne es necesario elegir.— Clero católico y jesuitas, ó barbárie plena. No hay medio. ¡Elegid, pues!

Aun cuando fuera posible concebir el político sin el orden social, que es en base necesaria é indispensable fundamento, las instituciones democráticas apenas serian posibles entre nosotros sin los jesuitas. Estos son los que más eficazmente pueden cooperar á que sea en México una verdad práctica la democracia. Para dojico parece semejante aserto á los enemigos de los

jesuitas, pero, sin embargo, es una verdad de óbvia y de fácil demostracion.

La educacion pública y los hábitos republicanos son el eje, por decirlo así, de toda democracia verdadera. Suiza y los Estados-Unidos bien han comprendido y aprovechádose de esta verdad. Nosotros no podemos dudar de ella sin negar la evidencia y ponernos en contradiccion con los más perceptibles hechos contemporáneos. Pero sin jesuitas no hay educacion pública posible entre nosotros, y los hábitos republicanos tardarian sin ellos mucho tiempo en criarse en México. Solo los que están ciegos verdaderamente en su odio al catolicismo, pueden creer que la expulsion de los jesuitas aproveche á la democracia.

No necesitamos entrar en detalles para persuadir que los jesuitas son no solo los hombres más capaces para educar á nuestra juventud, sino los únicos de quienes podemos en las actuales circunstancias esperar tan inmenso beneficio. Los hechos no necesitan demostrarse, y la experiencia es la mejor de las pruebas. ¡Hoy día hay en todo el país plantel alguno civil donde la juventud puede educarse convenientemente? El plan de estudios que en ella rige es no solo absurdo sino de una aplicacion realmente imposible. Niños de doce ó trece años, segun él deben estudiar y aprender en un mismo año inglés, español, química, griego, física y astronomía. En otros años deben estudiar historia natural, lógica y matemáticas; en una palabra, sus estudios todos están combinados de tal manera que no la débil cabeza de un niño, sino el poderoso cerebro de Leibnitz, de Newton y de Pascal, se relajarian con ese haz de ciencias tan heterogeneas.

En cuanto al sistema disciplinario, á niños que aun no están en la edad del discernimiento se les ha hecho jueces de las religiones y árbitros absolutos del culto que hayan de seguir, lo que ha dado, como era de esperarse, el resultado que opten en lo general por las más cómodas de las teogonías, el ateismo, el ma-

terialismo y la indiferencia religiosa. Los profesores, por otra parte, raras veces reciben su mezquino sueldo, y por lo comun los fondos no alcanzan á cubrir le presupuesto de la instruccion pública. ¿De este caos de miseria y de desórden qué podemos racionalmente esperar? Que los establecimientos destinados á formar en virtud y ciencia á la juventud se conviertan en viveros de la ignorancia y la impiedad. La frase es dura; pero si no ponemos remedio y en el acto á tan imponderable mal, vamos á darle dentro de algunos años, mucho que hacer al verdugo. Si con la actual generacion, que fué educada bajo tan sanos principios, el país ha sido trastornado hasta sus cimientos, y tan espantosamente aniquilado ¿qué podemos esperar de una generacion amamantada en el desórden y sistemáticamente educada para el mal?

Uno de los mas graves defectos de nuestro carácter es no dar jamsa importancia á las cosas sérias. Del mal estado de la instruccion pública ninguna autoridad se ocupa, pero los desgraciados padres de familia se hallan en la mayor afliccion. No encuentran manera de educar á sus hijos ni ven otro porvenir para estos que la miseria ó el patriotismo, ese terrible y funesto patriotismo que comienza por falsear el sacrificio de una aldea y acaba por llenar de riquezas y de consideraciones á él, y de miseria é infortunios á la nacion. ¡Oh es una cosa terrible! Nuestra juventud toda, lo mismo la rica que la pobre, la varonil que la femenina, no tiene educacion ni porvenir. Si este mal sigue adelante, no será imposible que en nosotros termine la generacion, que nos extinguamos todos en la impotencia y la miseria.

El solo remedio, es encontrar profesores aptos, abnegados, gratuitos é infatigables que por medio de una educacion virtuosa y apropiada, preparen á la juventud los caminos del trabajo y la abundancia; profesores que sin cesar trabajen; que lo hagan por amor á Dios y bien de los hombres, y que no aspiren á ninguna recompensa terrenal. Inútil es decir que profe-

sores de tales aptitudes y bajo tales condiciones, solo pueden encontrarse en el clero católico y especialmente entre los jesuitas. Sin ellos, pues, ó nos extinguimos en la presente generacion de miseria é ignorancia, ó consentimos en dar el día á una generacion tal, que desbordándose en crímenes, no la podamos contener mañana, más que con gendarmes, jurados y patíbulo.

No hay en todo el país hoy más que dos ó tres seminarios faltos de personal y de fondos, donde la juventud pueda encontrar algun asilo. En consciencia y sin espíritu de partido, debemos convenir en que fuera de ellos no hay planteles de educacion que sean aceptables todos, ni completo ninguno. No hay la más remota esperanza de que la generosidad de los testadores vuelva á fundar los caudales de la instruccion pública. ¿Desde este instante qué es lo que hacemos, pues, con esa juventud que crece cada día?

Si los jesuitas por venir nos pidieran todas las rentas nacionales de diez años ó la mitad del territorio, se los deberiamos dar con la sola condicion de que se hicieran cargo de educar á nuestra juventud. ¡Hemos llegado ya al borde del abismo, y no hay más camino, que jesuitas hoy ó cadalsos mañana!

Que os parecen los americanos? No os asombra su prosperidad creciente y fabulosa? Pues casi no hay colegios en los Estados Unidos que no estén en mano de los jesuitas, ni escuela de niñas que no dirijan las hermanas de la "Caridad" ó las del "Sagrado Corazon." El árbol se conoce por sus frutos."

VI.

Y tanto como á la educacion de la juventud, ¿podrian entre nosotros cooperar al afianzamiento de las instituciones que hemos adoptado, y que lo peor de todo sería que las violásemos, porque entonces caeriamos de toda institucion política. Lo más difícil en la democracia y lo más indispensable en ella, es

terialismo y la indiferencia religiosa. Los profesores, por otra parte, raras veces reciben su mezquino sueldo, y por lo comun los fondos no alcanzan á cubrir le presupuesto de la instruccion pública. ¿De este caos de miseria y de desórden qué podemos racionalmente esperar? Que los establecimientos destinados á formar en virtud y ciencia á la juventud se conviertan en viveros de la ignorancia y la impiedad. La frase es dura; pero si no ponemos remedio y en el acto á tan imponderable mal, vamos á darle dentro de algunos años, mucho que hacer al verdugo. Si con la actual generacion, que fué educada bajo tan sanos principios, el país ha sido trastornado hasta sus cimientos, y tan espantosamente aniquilado ¿que podemos esperar de una generacion amamantada en el desórden y sistemáticamente educada para el mal?

Uno de los mas graves defectos de nuestro carácter es no dar jamsa importancia á las cosas sérias. Del mal estado de la instruccion pública ninguna autoridad se ocupa, pero los desgraciados padres de familia se hallan en la mayor afliccion. No encuentran manera de educar á sus hijos ni ven otro porvenir para estos que la miseria ó el patriotismo, ese terrible y funesto patriotismo que comienza por falsear el sacrificio de una aldea y acaba por llenar de riquezas y de consideraciones á él, y de miseria é infortunios á la nacion. ¡Oh es una cosa terrible! Nuestra juventud toda, lo mismo la rica que la pobre, la varonil que la femenina, no tiene educacion ni porvenir. Si este mal sigue adelante, no será imposible que en nosotros termine la generacion, que nos extinguamos todos en la impotencia y la miseria.

El solo remedio, es encontrar profesores aptos, abnegados, gratuitos é infatigables que por medio de una educacion virtuosa y apropiada, preparen á la juventud los caminos del trabajo y la abundancia; profesores que sin cesar trabajen; que lo hagan por amor á Dios y bien de los hombres, y que no aspiren á ninguna recompensa terrenal. Inútil es decir que profe-

sores de tales aptitudes y bajo tales condiciones, solo pueden encontrarse en el clero católico y especialmente entre los jesuitas. Sin ellos, pues, ó nos extinguimos en la presente generacion de miseria é ignorancia, ó consentimos en dar el día á una generacion tal, que desbordándose en crímenes, no la podamos contener mañana, más que con gendarmes, jurados y patíbulo.

No hay en todo el país hoy más que dos ó tres seminarios faltos de personal y de fondos, donde la juventud pueda encontrar algun asilo. En consciencia y sin espíritu de partido, debemos convenir en que fuera de ellos no hay planteles de educacion que sean aceptables todos, ni completo ninguno. No hay la más remota esperanza de que la generosidad de los testadores vuelva á fundar los caudales de la instruccion pública. ¿Desde este instante qué es lo que hacemos, pues, con esa juventud que crece cada día?

Si los jesuitas por venir nos pidieran todas las rentas nacionales de diez años ó la mitad del territorio, se los deberiamos dar con la sola condicion de que se hicieran cargo de educar á nuestra juventud. ¡Hemos llegado ya al borde del abismo, y no hay más camino, que jesuitas hoy ó cadalsos mañana!

Que os parecen los americanos? No os asombra su prosperidad creciente y fabulosa? Pues casi no hay colegios en los Estados Unidos que no estén en mano de los jesuitas, ni escuela de niñas que no dirijan las hermanas de la "Caridad" ó las del "Sagrado Corazon." El árbol se conoce por sus frutos."

VI.

Y tanto como á la educacion de la juventud, ¿podrian entre nosotros cooperar al afianzamiento de las instituciones que hemos adoptado, y que lo peor de todo sería que las violásemos, porque entonces caeriamos de toda institucion política. Lo más difícil en la democracia y lo más indispensable en ella, es

darle buen sentido y justificación á la opinion pública, que tan grande influencia debe ejercer en el sistema republicano, sobre todos los poderes que resúmen la soberanía de una nacion. Este es uno de los más grandes elementos de prosperidad con que cuenta la Union Americana. En medio de la grande libertad de pensamiento y de accion que en ella reina, en medio de esa vorágine de pasiones que agita toda democracia, el poder cuenta siempre con el decisivo apoyo de la opinion pública para el mantenimiento del orden y para la ejecucion de todo pensamiento sensato y de toda determinacion justa. Sin la opinion pública formada en verdad y en justicia, toda democracia es imposible; porque no puede vivir faltándole, por decirlo así, esta atmósfera en que alienta.

Entre nosotros, por desgracia, la opinion pública, que es en estension reducidísima por la falta de ilustracion de nuestras clases pobres, se halla, por otra parte, tan profundamente pervertida, que en lugar de servir al poder de apoyo para el bien y de contrapeso para el mal, solo le sirve para tiranizarlo y mas hundirlo en el abismo. El poder entre nosotros, casi pudiera definirse rectamente, la triste facultad de hacer el mal, muchas veces contra la propia voluntad y las mejores intenciones. En teoría hemos adoptado las formas democráticas y el lenguaje republicano, pero en la realidad, jamas ha habido democracia entre nosotros, pues no estando formada la opinion pública, el poder ha sido siempre esclavo de facciones reducidas é inquietas que lo han convertido en su instrumento.

Sin razon tememos, los excesos de la tiranía y los de la demagogia. En realidad no ha habido nunca en México ni un verdadero déspota, ni un verdadero demagogo. Tanto la tiranía como la demagogia, son, históricamente hablando, la degeneracion y la crisis de las democracias perturbadas; y la historia de México demuestra que nuestro verdadero mal es la oligarquía.

No debemos temer tanto los excesos del poder como su debilidad. Nunca ha tenido energía para sobreponeerse á los oligarcas que lo han convertido en un perpetuo prisionero moral, en un decapitado civil. Ha carecido siempre de la fuerza tanto moral como física, para hacerse obedecer, y siempre ha tenido que obrar contra su propio juicio y su propia conciencia.

Siempre hacemos lo que no deseamos hacer. Los oligarcas dominan al poder y á los ciudadanos. Esta es una verdad histórica que debe hacernos temblar. Contra el sentir del país y del poder mismo, se estableció en México la república federal, se fusiló á Iturbide y se espulsó á los españoles. En la conciencia de todos está la devolucion de sus bienes á los confiscados y las confiscaciones perduran sin embargo, por temor á los confiscadores. Todos repugnan que se martirice á las monjas, y es necesario, sin embargo, perseguirlas por temor á la exaltacion fingida de cualquier oligarca. Ningun hombre honrado puede creer que la tolerancia religiosa deba ser un odio pertinaz al catolicismo y una injusta persecucion á sus sacerdotes, y nis embargo, es necesario odiar y perseguir contra nuestra propia intencion, para no disgustar á algunos amigos exigentes. Todos comprenden que para una poblacion tan escasa y un país tan pobre, es excesivo el número de diputados y el de los funcionarios públicos; y nadie se atrevería, sin embargo, á quitar uno solo hiriendo los derechos adquiridos sobre esa especie de capital moral, ó la prescripcion, por decirlo así, de una reeleccion consuetudinaria. Nadie puede creer ni en la verdad aparente y convencional de las elecciones populares, y ninguno se ha atrevido á proponer su cesacion. ¡Oh, esto no es democracia! ¿Qué democracia es posible sin poder y sin ciudadanos?

Solo un sentimiento público sensato, justificado y enérgico puede darle al poder la independencia de que carece, y á los ciudadanos la libertad de que están privados. Pero el sentimiento público no es

otra cosa que la verdad alumbrando muchas inteligencias y la justicia poseyendo muchos corazones, es, en una palabra, el cristianismo social, el Evangelio aplicado á la existencia múltiple de entidades colectivas. El clero católico en general y de un modo especial los jesuitas, son los inculcadores y vulgarizadores de esos principios y de esos sentimientos.—Ellos son, pues, si no los únicos los mas eficaces obreros de la verdadera democracia en México.

No tenemos ni hemos tenido república. Si vieran muchos jesuitas, tal vez mas tarde lograríamos ser republicanos. Sin virtud no hay república, "Nemo enim illic vitia s det," decia Tácito, el mas profundo pensador de la libertad antigua.

VII.

Vivimos en grandes errores de los que muchos hemos llegado á aceptar con la más buena fé. Por el solo hecho de llamarnos democratas y de haber escrito al frente de nuestra constitucion que la forma de gobierno será republicana, hemos llegado á creer y con sinceridad tal vez, que somos uno de los pueblos mas libres de la tierra. Casi vemos con lástima á los que viven bajo una forma monárquica, y en comparacion de nosotros vemos á los demas pueblos viviendo en las sombras y las angustias de la esclavitud.

¡Grande y lamentable error! Con excepcion de la de insultarnos y calumniarnos por la prensa, de ninguna otra libertad gozamos. Es casi asiatica ó africana la esclavitud en que vivimos. El modo ordinario de formar nuestro ejército es la leva; proceder espantoso y criminal que en toda la Europa contemporánea solo ha sido empleado como una represalia por los rusos en Polonia, y que ha levantado allí una insurreccion tan formidable que aun no finaliza hasta el dia de hoy. En ningun país europeo se pagan se las contribuciones que pagamos nosotros.

Tanto en Rusia como en Turquía está abolida la pena de confiscacion, que aun está haciendo en el dia de hoy gemir á tan respetables como infortunadas familias nuestras. Prácticamente profesamos el principio de que nunca un súbdito tiene razon contra el que manda; de manera que jamás se da el caso entre nosotros de que un causante prevalezca contra el fisco, ni de que sea eficaz la queja fundada de un ciudadano contra una autoridad cualquiera. El menor de nuestros funcionarios tiene mayor suma de facultades sobre nuestras personas y bienes, que los más elevados funcionarios de Europa ó los Estados Unidos. Cuando la paz se perturba, todos los ciudadanos somos tratados como enemigos sujetos á botin y á las represalias de guerra. Por no sabemos que rara fascinacion, satisfechos solo con las palabras y los nombres, nos hemos llegado á creer libres, pero realmente no lo somos ni en la paz ni en la guerra. En el fondo no hemos gozado nunca de libertad civil ni política.

La libertad, en último término, es el ejercicio del derecho de cada uno dentro de la ley. "Séamos esclavos en la ley para ser libres," decia Ciceron. La justicia es la única verdadera libertad, pero la justicia es una virtud y como todas las virtudes se adquiere con la práctica, con la repeticion de actos hasta arraigar el hábito. El solo medio que tenemos, pues, de ser libres es comenzar á serlo. La primera de todas las libertades civiles y políticas es la libertad religiosa. Cuando se proclamó entre nosotros fué un crimen y una insensatez, porque gozando el país el beneficio inestimable de la unidad religiosa, fué absurdo dividirlo en creencias con una tolerancia innecesaria, tan absurdo como provocar una enfermedad para buscarle un antídoto siempre ineficaz, y una curacion inferior siempre á la salud.

Hoy, si no por diversidad de cultos sí por el exceso de inmoralidad y por el odio al catolicismo de sus enemigos, se hace indispensable la libertad religiosa para precaver mayores males. Necesitamos fundar-

la cuanto ántes. Ya es verdaderamente intolerable la opresion en que viven los católicos, los ultrajes que se infieren á sus más santos é indisputables derechos. Sus mejores templos se les arrancan para dárselos á los protestantes ó al primer inventor de nueva religion que se presenta á pedirlos. En los átrios de sus templos se establecen farsantes y titiriteros. Pueden los masones recorrer en pompa oficial las calles y plazas de las ciudades, y por parte de los católicos es un crimen poner fuego á un incensario fuera del dintel de la puerta de su templo. Se permite á lascivas danzantes salir desnudas en los espectáculos públicos, y se acrimina á los sacerdotes católicos porque salen á las calles con su traje propio, y se les acrimina invocando para ello una circular absurda, dictada en uso de las facultades extraordinarias y en un arrebatado de furor, y que es evidente quedó derogada desde el momento mismo en que esas facultades cesaron y la constitucion recobró su vigencia. Es verdaderamente admirable la paciencia y sufrimiento heroico de nuestros católicos ¿cómo no ha habido uno solo que se presente á pedir amparo contra tantos atentados?

Pero tanta injusticia y tantas violencias van á dar al fin algun resultado funesto. La injusticia siembra tempestades. Si la libertad religiosa no llega pronto á ser una verdad, al fin va á haber una colision violenta que aniegue el país en lágrimas y sangre! Singular es é inexplicable, que siendo la inmensa mayoría del país católicos, el catolicismo sea el perseguido en nombre de la libertad. Esto está fuera, no solo de toda razon y derecho, sino de todo sentido comun.

No existe ninguna libertad entre nosotros; necesitamos fundarlas todas; comenzando por la religiosa que es la mas importantel. La experiencia de todo el mundo contemporáneo ha acreditado, que los jesuitas son los más discretos para matar los errores y amar á los hombres segun el consejo de San Agustin, para conducirse en los países donde hay diversidad de

cultos. Llamémosles, pues, para fundar la verdadera tolerancia entre nosotros, bien pesnadidos que de paso inculcándonos ideas de justicia, nos enseñarán á ser libres en todo lo demás.

La grandeza y gloria de la libertad, consisten no en gozar la propia, sino en respetar la ajena. La libertad es justicia, y la justicia es una virtud práctica. ¿Si expulsamos á los jesuitas hoy, cuando, pues, pensamos comenzar á ser libres? ¿No hay remedio! Los jesuitas se quedan en México, ó México se resuelve á quedarse á solas con su intolerancia y despotismo.

VIII.

Grandes servicios pueden en México esperar de los jesuitas, la sociedad, la juventud la democracia y la libertad; pero por grandes que en sí sean pequeños serán comparados con los que pueden prestarle al país en otro órden más elevado y trascendental, en el religioso y moral.

Los jesuitas, como todas las órdenes religiosas, son una columna de fuego que conduce á las sociedades hácia la eternidad marcándoles su itinerario feliz sobre el áspero y difícil camino de la vida. Son una protesta muda, pero enérgica y constante contra los vicios de la sociedad y que sirve tanto para alentar á los buenos como para contener á los malos. Las sociedades abandonadas á todas sus pasiones, llegarían á quedar enteramente ciegas si no las alumbraran las órdenes religiosas con la santa luz de sus virtudes.— Si no recordáramos la compasion de los antiguos frailes, cuando eran propietarios fácil era que creyésemos que los adjudicatarios hacian bien en tratar á sus inquilinos con tanta codicia y crueldad. Si las Hermanas de la Caridad no asistieran á los enfermos y á los huérfanos, no sería difícil que llegáramos á creer que estábamos en nuestro derecho para abandonarlas. Si unos cuantos jesuitas no educaran á nuestra juventud, podíamos caer en el error de que lo más con-

veniente fuera, dejarla en su ignorancia. Pueden prestar los jesuitas el doble servicio de la reprension y del ejemplo, es decir, la más eficaz de las enseñanzas y la más persuasiva de las elocuencias.

Ayudando á la distribucion de los Sacramentos y de la palabra santa, enseñando la doctrina á los niños, asistiendo á los moribundos, consolando á los enfermos y á los presos, dirigiendo las conciencias, moralizando á las masas, desempeñando en una palabra todas las santas funciones de un ministerio sublime, prestarían á México servicios superiores á toda comparacion y á todo agradecimiento; pero no hablemos de cosas tan elevadas y que tan poco dignos de comprender y de estimar, son los enemigos de los jesuitas. No debemos sujetar cosas tan santas á las profanaciones de una discusion indecente.

Lo dicho basta, para que los corazones honrados comprendan todos los servicios incomparables que en el órden moral, pueden prestar á México los jesuitas.

IX.

Pero prescindamos de toda consideracion de este género. Supongamos que los jesuitas no pueden prestar y que de hecho no prestan servicio alguno en el órden social, político ni religioso. Aun en este falso y último supuesto en que nos podemos colocar, los jesuitas que haya en México deben quedarse bajo el amparo de la ley, y la ley nos obliga á recibir á cuantos más vengan.

Antes que todo es necesario establecer los hechos con exactitud. Primero se dijo que centenares, y despues se ha dicho que han llegado á México millares de jesuitas. Un solo jesuita ha llegado, más bien dicho, ántes estaba en México y ha vuelto de Europa. Las listas oficiales, de los pasajeros llegados desde hace seis meses, comprueba este hecho con evidencia. En la capital habrá diez ó doce jesuitas, y como veinte en toda la República. No viven en comunidad, ni

forman corporacion, sino que viven con el carácter individual de sacerdotes católicos. Una parte de ellos son mexicanos, y la otra son españoles, italianos y americanos. Esto son los hechos de que nadie puede dudar por qué caen bajo la evidencia de los sentidos.

Fijemos ahora el derecho. El art. 33 de la Constitucion garantiza á los extranjeros todos los derechos del hombre por ella sancionados, en la seccion 1^a de su tít 1^o, es decir: los extranjeros como todo hombre, tienen el derecho de entrar y salir de la República y escribir sobre cualquier materia, de manifestar sus ideas sin poder ser objeto de ninguna inquisicion judicial ni administrativa, y el de no ser molestados en su persona y bienes, sino por la autoridad competente y por causa legal que funde el procedimiento. Expresos son y terminantes los arts. 11, 6 y 16 de nuestra Constitucion. No es posible falsear ni barrenar su sentido. Sin embargo, se pretende, conculcándolos, arrojar de un golpe y en masa á los jesuitas y á todos los individuos que pudieran comprenderse bajo esta denominacion (á juicio de quién?) en el país.

Los que han aconsejado y los que han iniciado semejante determinacion, no tienen la conciencia de los muchos absurdos é inconvenientes que ofrece aun en el órden mismo de la ilegalidad y la violencia. No habiendo en el país jesuitas, con el carácter de tales, ¿quienes son los que se expulsan por serlo? Se dicta una ley como las de prescripcion romana ó como las de la Conversion Francesa para que haya denunciante que acusen, y tribunal revolucionario que ejecute! Se levanta solo la cuchilla para que caiga sobre cabezas humanas, cualesquiera que estas sean, ó la ley se encargó de definir quienes son jesuitas á sus ojos aun cuando en realidad no lo sean? Inconvenientes prácticos son estos, capaces de detener al legislador ménos reflexivo. Con una ley semejante ¿quién estaria seguro de no ser declarado jesuita?

Aun suponiendo que la ley solo comprenda bajo la

denominacion de jesuita; como el sentido natural lo indica, á los individuos profesos en la Compañía de Jesus, ¿cómo podrian ser expulsados del país en calidad de extranjeros perniciosos? Prescindiendo del absurdo que habria en suponer extranjeros á los jesuitas mexicanos, ó de suponer que solo los extranjeros fueran perniciosos, ¿qué autoridad definiria y probaria que son en efecto perniciosos? Es claro que ni el simple ministerio de la ley, ni el poder ejecutivo, de propia autoridad, les pueden arrojar del país, por que nadie puede, sin juicio, ser penado. La autoridad judicial tampoco podria juzgarlos pues el hecho de que sean perniciosos es falso por una parte, y por la otra no hay ley anterior que declare perniciosos á los jesuitas, y la ley que ahora los declarase tales, seria privativa y retroactiva además, es decir, dos veces anticonstitucional, y nula de consiguiente. Aun dada la ley, ¿qué autoridad podria arrojarlos del país sin violar los más obvios principios de jurisprudencia universal y de justicia intrínseca?

En el orden legal es hasta tal punto absurdo el pensamiento de arrojar á los jesuitas del país, que aun en el terreno mismo de las violencias ofrece gravísimas dificultades. Si la ley ó el poder ejecutivo pretenden arrojarlos de México sin forma alguna de juicio, natural es que pidan amparo contra tan notoria violacion de las garantías individuales. El caso es obvio, el hecho manifiesto, y terminante la ley de amparo. Probable es, pues, que el poder judicial, que por ser el más ilustrado es el más independiente, los ampare en nombre de la justicia de la Union. ¿Y qué espectáculo es entonces el que proporciona á todo un pueblo una asamblea que dicta leyes indignas por su injusticia de ser ejecutadas?....

Varios ejemplos ha dado ya el poder judicial de rectitud é independencia, y no es probable que negase el amparo en este caso contra una ley notoriamente atentatoria; pero aun negándolo, la cuestion quedaria en pié y trasladada á otro terreno más delicado y

difícil. Los jesuitas extranjeros no viven en México formando corporacion, sino en calidad de individuos de otra nacion, residentes en el país. Si los arrojamos sin juicio ó sin motivo qué hacen sus respectivos ministros? Si los protejen, obligamos á nuestro gobierno á sostener un absurdo ante naciones civilizadas y amigas, que no participan de nuestros odios y que llevarán á mal que fijemos como un principio de nuestro derecho público la facultad de arrojar á sus respectivos nacionales á nuestro capricho. Para los mismos ministros extranjeros, el conflicto es grande, pues cualesquiera que sean sus sentimientos individuales respecto á los jesuitas, tienen que atender, por una parte al principio que quedaria fijado, y por la otra á los sentimientos de sus respectivos gobiernos.

Los que inconsideradamente han movido esta cuestion por la prensa, y los que la han iniciado en el Congreso y las legislaturas, no la han meditado bien, y en razon y en justicia debieran desistir de ella. Es un desatino y un preñado de absurdos. Va á ser un conflicto para los poderes legislativo, ejecutivo y judicial y un profundo y penoso desagrado para todo el país sin ningun resultado práctico. El mal juicio de unos cuantos no debe arrastrar en su locura á toda la nacion. El buen sentido nacional debe prevalecer desechando de raiz, y para siempre cuantas iniciativas se hayan hecho á este respecto ante los poderes legislativos. El silencio y el olvido son la verdadera solucion.

X.

Los jesuitas á pesar de su bondad absoluta y relativa, han sido, sin embargo, terriblemente calumniados en diversas épocas. ¿Pero qué cosa buena no lo ha sido sobre la tierra? El odio de los malos es una regla de criterio moral más segura y fija aún que el mismo amor de los buenos. El mal nunca se equivoca en sus odios. La reina de Inglaterra es gefe de la iglesia anglicana y el Czar de la Rusia de la griega, así como el Sultan es la augusta sombra de Alá y señor de los creyentes, y sin embargo, en el órden religioso, ninguno de ellos es odiado como

gefe de una creencia. Pio IX es anciano, débil y pobre, no dispone de fuerzas ni recursos, á nadie puede hacer mal, es casi imposible odiarlo, y sin embargo, todos los malos lo detestan. Su solo crimen es ser la verdad. Dónde está el odio de los malos allí es donde está la verdad. Sagaz es el mal y no se equivoca en sus rencores.

También los jesuitas han sido odiados y calumniados. No solo prolijo, sino imposible sería refutar una á una las calumnias levantadas contra la Compañía de Jesús durante tres siglos; pero fácil es dar la clave general para resolver los falsos argumentos que contra ella hacen sus enemigos. Tres son en resumen los caminos que se han seguido para difamarla: atribuir grandes crímenes á algunos de sus miembros, atribuirle á la Compañía perversas intenciones con respecto á los soberanos y á los pueblos: y hacer creer que con justicia y fundados motivos han sido arrojados de algunas naciones.

Ninguno de los crímenes que se han atribuido á individuos de la Compañía, han sido probados nunca. Aun probados nada argüirían contra ella, porque ninguna sociedad humana hay tan buena que no pueda tener algunos individuos malos. Por un fenómeno sin embargo verdad, deramente singular y único en la historia, la Compañía estendida por todo el mundo y fundada desde el siglo XVI no ha producido un individuo verdaderamente malo. Como es natural, ha habido jesuitas más o menos buenos; pero no ha habido en tanto tiempo ninguno notriamente criminal y malo. Es también por otro singular fenómeno la sola orden religiosa, que en tres siglos ha conservado en toda su energía el primitivo vigor de su institución.

Algunos necios creen que la Compañía de Jesús es una especie de masonería que para dominar á los soberanos y á los pueblos se propaga en secreto y se rige por estatutos misteriosos y mánitas reservadas. Error tan grosero no necesita refutarse. La vida de los jesuitas y sus constituciones son enteramente públicas, y á cualquiera le es dado, por su propia vista, convencerse de lo que hacen y cómo viven. Los que tal creen se fundan solo en el dicho de algunos periodistas charlatanes ó en algún capítulo del "Judio Errante" de Sué, ó de los "Tres Mosqueteros" de Dumas. El hecho histórico, por el contrario, que está per-

fectamente comprobado, es que los demagogos, los oligarcas y los déspotas, es decir, que la tiranía bajo todas sus fases, y enemiga de los jesuitas.

De que los jesuitas hayan sido arrojados en algunas épocas de determinados países, y de que el pontífice Clemente XIV los extinguiera, se pretende derivar una formidable acusación contra la Compañía. ¿Sabéis quiénes arrojaron de Portugal, España y Francia á los jesuitas? Pombal era un hombre malo y un funcionario ambicioso. Amaba á una noble jóven portuguesa que le despreció, é imaginándose en sus celos de amante y su furor de ambicioso que los nobles y jesuitas de Portugal eran la causa de su doble decepción, emprendió una lucha tan injusta como inconveniente contra la nobleza y jesuitas de Portugal, que dió por resultado la expulsión de estos. En España, el conde de Aranda, que era un soldado despótico y violento, comprendió que no podía dominar á Carlos III ni esclavizar á la nación mientras hubiera jesuitas en España, y los expulsó de los dominios españoles con la mayor injusticia, violencia y barbarie. De Francia los expulsaron el duque de Choiseul y Madama Pompadour, es decir, un ministro cortesano y una cortesana disoluta. Ante la historia, la expulsión de los jesuitas, creedlo, no ha sido su deshonra sino su glorificación.

Clemente XIV extinguió la Compañía de Jesús, pero en su misma bula de extinción podéis leer la causa y motivos por que lo hizo. Las poderosas casas de Borbon y de Braganza, dominadas por malas influencias, lo pidieron así el Pontífice, y este, por evitar mayores males, por la paz del mundo, y por no dar lugar á graves atentados de los poderes seculares, extinguió la Compañía de Jesús. Así, pues, extinguió la Compañía de Jesús, como el Pontífice ha otorgado concordatos á las naciones que han despojado de sus bienes á la Iglesia por evitar mayores males, por perdon y por la paz del mundo, aun con sacrificio de sus derechos. La Compañía duró extinguida cuarenta años y fué restablecida á vehementes instancias de todos los pueblos del mundo civilizado. Su restablecimiento fué el mejor de sus apoteosis.

Hé aquí á lo que se reducen los grandes argumentos contra la Compañía de Jesús. Teneis la clave ya para resolverlos todos.

XI.

Hemos concluido. Creemos haber demostrado que sin jesuitas, con en México casi imposibles el orden social y la educación de la juventud, y difícilísima la democracia y la libertad. Es evidente que los jesuitas que hay en México no como tales ni viviendo en corporación, sino como individuos tanto nacionales como extranjeros pertenecientes al clero católico, no pueden ser arrojados del país sin violar la razón, la justicia, la Constitución y los principios del derecho privado ó internacional. Cuantos jesuitas vengan al país, pueden llegar y vivir en élbajo el amparo de la ley. Es una violencia y una tiranía que se prohiban las asociaciones religiosas, las órdenes católicas, cuando el derecho de asociación está garantido por la ley fundamental de la República. Hemos demostrado, en fin, que los jesuitas prestarán al país servicios eminentes en el orden moral y que cuantas acusaciones se dirijan contra ellos, no serán mas que expresiones de un odio insensato, y calumnias ya mil veces refutadas por la historia y la filosofía.

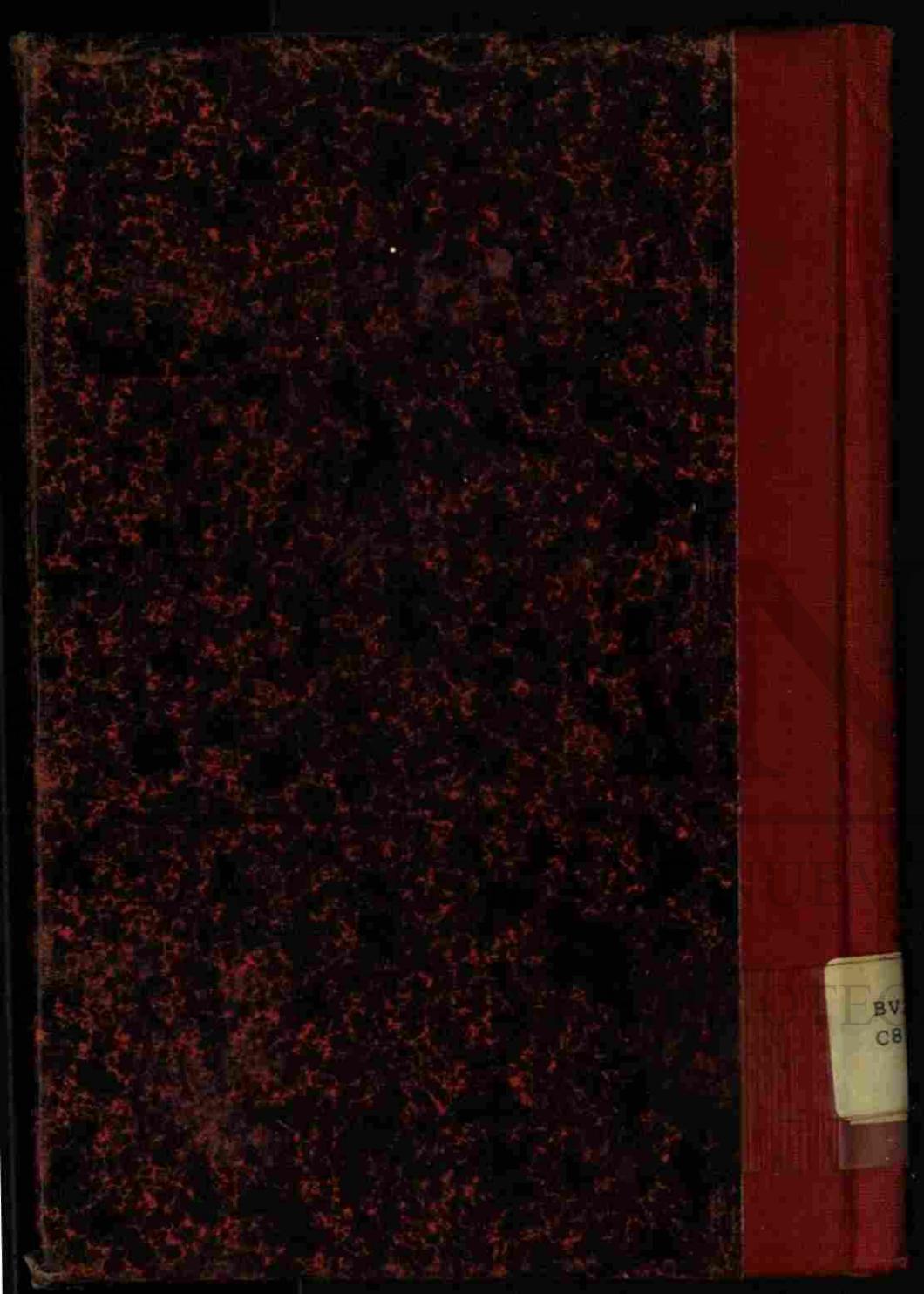
Una sola palabra nos resta que agregar. No es esta como alguno pudiera creerlo, una defensa de los jesuitas. No necesitan de defensa alguna porque ese es precisamente el singular privilegio de la virtud, que por sí sola se defiende. Lo que hemos procurado defender es la causa santa de la civilización, la de nuestro país, la del verdadero progreso y la de la verdadera libertad. Al escribir sobre la grave cuestión de los jesuitas en México, creemos, inspirados no por una necia jaetancia sino por la más profunda convicción, haber sido los verdaderos intérpretes y el eccliel de nueve millones de católicos que creen, piensan y sienten, lo mismo que nosotros creemos, pensamos y sentimos.

Es de esperarse que la ley, el buen sentido nacional y la justicia, triunfen de sugerencias necias y de iniciativas odiosas; pero si por una desgracia los jesuitas fueran expulsados al fin, de México, no ellos sino nosotros seríamos los dignos de compasión. Ellos tienen el mundo por suyo, se los legó su insigne y santo fundador, y lo poseén

en efecto, por la virtud, la inteligencia, la abnegación, la caridad, el heroísmo y el martirio. ¿Qué mejores compañeros podrían llevar consigo que su virtud y su conciencia?

No serían los dignos de compasión ellos, que en cuatro días estarían en los Estados Unidos, donde republicanos ménos susceptibles que nosotros les recibirían con los brazos abiertos y les entregarían en el acto sus ciudades y sus aldeas, sus colegios y sus misiones. Los verdaderamente dignos de compasión y toda lástima, seríamos nosotros que al marcharse ellos, nos quedaríamos á solas con nuestra estéril democracia y nuestra libertad aterradora de la que huiría en lo futuro el extranjero como en nuestros desiertos huye ahora el viajero del resplandor siniestro de la fogata del salvaje!





BV

C8